

¿Cómo citar este artículo?

Apellidos, Nombre (del autor del texto elegido) (2011). "Texto" (del artículo), en Giménez Rodríguez, S.; García Manso, A. y Díaz Cano, E. *Innovaciones en la sociedad del riesgo*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo elegido).

La cultura del riesgo.

Eguzki Urteaga.

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko

Unibertsitatea.

Resumen.

Las sociedades contemporáneas son paradójicas dado que son cada vez menos peligrosas pero más arriesgadas. La proliferación de la noción de riesgo se refiere tanto a las grandes amenazas planetarias (destrucción de la capa de ozono, efecto invernadero, etc.) como a los comportamientos individuales que forman parte de la vida cotidiana (tabaquismo, conducción en automóvil, etc.). Los riesgos ecológicos o tecnológicos revelan la distancia que separa los expertos y los ciudadanos, y suscitan nuevas exigencias democráticas, mientras que los riesgos individuales modifican nuestra manera de concebir nuestras relaciones con los demás. En ese sentido, este artículo analiza la cultura del riesgo, lo que supone detenerse en la supuesta irracionalidad de la opinión pública que alude a una tendencia a amplificar el riesgo y sus consecuencias así como a hacer una valoración errónea del riesgo. Implica igualmente volver sobre la ruptura habitual entre saber experto y saber ciudadano así como sobre la relación que mantienen riesgo e incertidumbre.

Introducción

Si las sociedades contemporáneas están marcadas por la proliferación de riesgos, esto no significa necesariamente que sean más peligrosas. Es ante todo nuestra relación al peligro que ha cambiado, es decir nuestra relación al mundo, a los demás y a nosotros mismos. Incluso si las grandes amenazas actuales difieren de los peligros del pasado, es preferible hablar de la "cultura del riesgo" (Giddens, 1991) en lugar de una civilización

(Lagadec, 1981) o de una "sociedad del riesgo" (Beck, 1992) que estarían determinadas inicialmente por unas características inéditas de los principales riesgos tecnológicos.

Esta cultura del riesgo se fundamenta en el cálculo probabilista. Durante los años 1940, unos eminentes científicos, tales como Emile Borel (1943) y Marcel Boll (1942 y 1947), proponían una reforma de los programas escolares: para ellos, teniendo en cuenta la importancia del cálculo probabilista en la vida cotidiana, su enseñanza debía ser obligatoria. Boll fustigaba la "concepción popular del azar", la "mentalidad pre-lógica", formas de discapacidad de las que sufrirían incluso las personas educadas. Cerca de medio siglo más tarde, el problema persiste ya que la mayoría de la gente tiene dificultades para representarse el mundo de la misma manera que el actuario, el asegurador o el estadístico.

1. La "irracionalidad" de la opinión pública

1.1. La amplificación social del riesgo

El debate sobre los riesgos contemporáneos ganaría en serenidad y las políticas públicas serían más eficaces si la opinión pública percibía "mejor" estos riesgos, haciendo gala de una "cultura adulta del riesgo" (Theys, 1991), en lugar de criticar a los científicos (Duby, 1998), sobrevalorando unos "riesgos imaginarios" (Percheron y Perrineau, 1990). Es lo que dicen en sustancia numerosos expertos que cuestionan los medios de comunicación, culpables de adueñarse de las incertidumbres de los científicos para alimentar un verdadero círculo vicioso: alimentan unos "temores irracionales" del público que presionaría los políticos para que tomaran unas medidas reglamentarias o legislativas excesivas.

Asimismo, estas medidas pueden resultar contraproducentes: luchando contra un riesgo débil pero muy mediatizado, favorecen otros riesgos que son más peligrosos. Así, Maurice Tubiana (1998) observa que la focalización excesiva del público sobre los posibles efectos secundarios de la vacuna contra la hepatitis B ha conducido a interrumpir la campaña de vacunación. Así, para una categoría de edad, se ha renunciado a prevenir 10.000

hepatitis, de las cuales un centenar eran mortales, para evitar quizás una o dos esclerosis. A su vez, según Tubiana, la inquietud suscitada por la nocividad no demostrada de un insecticida de síntesis, el DDT, ha conducido a privilegiar unos insecticidas menos potentes y a favorecer así el recrudecimiento del paludismo en los países del tercer mundo.

Roger Kasperson (Kasperson et al, 1998; Kasperson, 1998) admite que la percepción de un riesgo no es reducible al simple producto de su probabilidad de ocurrencia y de la gravedad de sus consecuencias. Intenta integrar en su perspectiva las dimensiones sociales y psicológicas de la percepción del riesgo, para comprender cómo un riesgo es amplificado o al contrario atenuado por la opinión pública. La amplificación o la atenuación de un riesgo dependen mucho de los medios de comunicación. Los "efectos secundarios" de un riesgo pueden resultar muy importantes cuando éste es amplificado. Por efectos secundarios, conviene entender las repercusiones de un riesgo, más allá de las víctimas inmediatas.

Kasperson cita el accidente acontecido en Brasil, en Goiânia. En septiembre de 1987, es esta ciudad de cerca de un millón de habitantes, dos desempleados registran una clínica abandonada, en la búsqueda de objetos a recuperar. Encuentran un cilindro metálico y lo venden a un chatarrero. Este consigue abrirlo, recupera unas pastillas de cesio 137 que pasan entre las manos de numerosas personas. La consecuencia fue que 250 personas fueron puestas en observación, 21 fueron hospitalizadas, 4 murieron durante los meses posteriores y 42 viviendas fueron contaminadas. Tratado como un suceso menor en un periódico local, este accidente será ampliamente difundido por una cadena de televisión nacional y, posteriormente, por la prensa norteamericana, con unos titulares impactantes.

Durante las semanas posteriores, en toda la región cercana, los precios de los productos agrícolas se derrumbaron, aunque ningún rasgo de radioactividad haya sido detectado, y los hoteles y restaurantes se vaciaron. En el resto del país, las personas provenientes de Goiânia padecieron las consecuencias de este pánico: unos rechazaron acogerlos, algunos pilotos

de línea rechazaron despegar mientras estuviesen a bordo, mientras que los coches matriculados en Goiânia fueron acogidos con piedras. Varios partidos políticos cuestionaron la energía nuclear, relevando así el descontento manifiesto de la opinión pública. Esta movilización tuvo un eco en varios países.

Para Europa, las crisis de la "vaca loca" acontecidas en 1996 y 2000 ilustran semejantes efectos secundarios: consecuencias políticas (impopularidad del gobierno británico, tensiones diplomáticas entre el Reino Unido y sus socios europeos), económicos (el sector bovino fue siniestrado), reglamentarios (nuevas obligaciones para los ganaderos y para los distribuidores, exigencias sobre el origen de la carne, prohibición de las harinas animales); sin olvidar la preocupación de la opinión acerca del contenido de su alimentación.

1.2. La mala evaluación del riesgo

Esta constatación resume varias decenas de estudios llevados a cabo por unos psicólogos y economistas con diversos "conejos de indias", solicitados para evaluar unos riesgos concretos o jugar en distintas loterías experimentales que permitían revelar cómo conseguían utilizar o no el cálculo probabilista para optimizar sus oportunidades de ganar. Resulta de estos estudios que sobrevaloramos la frecuencia de los acontecimientos espectaculares o muy mediatizados (por ejemplo, las catástrofes aéreas, los homicidios) mientras que infravaloramos las amenazas más discretas (accidentes de carretera, enfermedades) (Slovic, 2000). Además, cometemos sistemáticamente unos errores en el manejo de las probabilidades o de las informaciones que permiten evaluarlas (Allais, 1953; Kahneman y Tversky, 1975 y 1979; Willinger, 1990).

En un artículo publicado en la revista *L'Année sociologique*, Gérard Bronner (1996) vuelve sobre estas experiencias para mostrar que pueden fundamentarse en "buenas razones" en el sentido de la racionalidad cognitiva de Raymond Boudon (1989 y 1999). Inspirándose en la sociología comprensiva de Max Weber, Boudon considera que los individuos son

capaces de justificar sus actos basándose en argumentos convincentes, incluso si no son necesariamente justos. En este sentido, los individuos demuestran una racionalidad cognitiva. Bronner plantea el problema siguiente a más de 700 personas: para ir del punto A al punto B, Juan debe evitar cuatro obstáculos. Para cada obstáculo, su probabilidad de evitarlo es del 80%. ¿Cuál es la probabilidad que alcance efectivamente el punto B? Sabiendo que Juan debe evitar los cuatro obstáculos sucesivamente, su probabilidad de éxito es del 41%. Sin embargo, las personas interrogadas contestan de media el 60% y más de la mitad responden el 80%. De hecho, Bronner propone a sus "conejiillos de indias" una lista de siete clubes de fútbol y los invita a valorar la probabilidad de que cada uno de estos clubes sea campeón de Francia. La mayoría fracciona el problema planteado al considerar cada club por separado, pero no se asegura de que sus predicciones averiguan una propiedad básica: la suma de las probabilidades asignadas a los diferentes resultados posibles debe ser igual a 1. Pero, más del 80% de los "conejiillos de indias" dan unas probabilidades cuya suma supera 1.

2. Saber popular y saber experto

No en vano, los expertos estigmatizan la irracionalidad de una opinión pública, incapaz de comprender unos argumentos probabilistas y manipulada por los medios de comunicación. A partir de tres estudios de caso (el amianto, las fuentes de radioactividad y la vaca loca), Francis Chateaufreynaud y Didier Torny (1999) estudian cómo unos ciudadanos atentos pueden convertirse en "lanzadores de alertas", sustituyéndose a unos expertos deficientes, incapaces o poco deseosos de alterar la opinión pública. Los medios de comunicación no relevan cualquier "profecía de la desgracia", ya que el éxito del lanzador resulta de su capacidad a captar la atención, a reunir indicios dispersos y a recoger testimonios, para elaborar una argumentación coherente y ponerla en circulación. Esto necesita a menudo que el ciudadano adquiera una experiencia, una competencia técnica y científica. El ciudadano puede así conseguir competir con el experto oficial que posee una "verdad" relativa (Beck, 1992: 19-84), por

ejemplo constituyendo e interpretando sus propios datos estadísticos. Funda así lo que Phil Brown (1997) denomina una "epistemología popular".

No en vano, el ciudadano no necesita imitar el experto para tener un discurso a la vez divergente y coherente. La cultura del riesgo, en el sentido de representación de los acontecimientos basados explícitamente en el cálculo probabilista, solo ofrece un punto de vista entre otros tanto.

2.1. Unos puntos de vista opuestos

El ciudadano ordinario puede tener un punto de vista específico sobre el riesgo y su evaluación. Así, la evaluación de un riesgo depende del punto de vista elegido. Es lo que ilustra Paul Slovic (2000) a partir de un estudio sobre los accidentes laborales en las minas de carbón. Durante la posguerra, el número de muertos ha aumentado menos rápidamente que la producción, pero más rápidamente que los efectivos. A nivel nacional, hay que satisfacer las necesidades energéticas: en esta óptica, el riesgo profesional en las minas se ha reducido, porque se mide considerando el número de muertos por tonelada de carbón producido. Al contrario, para un sindicalista es más pertinente referirse al número de muertos en relación a las plantillas. Para él, el riesgo se ha incrementado.

El experto y el ciudadano pueden también defender dos concepciones distintas del conocimiento y de la acción sobre el entorno. Así, en 1986, tras la contaminación radioactiva provocada por el accidente nuclear de Tchernobyl, el gobierno británico envió unos expertos en el Noroeste de Inglaterra. Estos se han enfrentado a los ganaderos de ovejas locales. Brian Wynne relata esta confrontación, que subraya los límites del saber experto: este se basa en unos métodos que pretenden ser universales y estandarizados pero que implican una simplificación sistemática de la realidad. Los ganaderos constataron los errores de los expertos, su rechazo de reconocerlos y su desprecio hacia unos saberes prácticos locales. Así, para valorar el tiempo necesario para la desaparición de la contaminación, los expertos se conformaron con algunas muestras e indicaron, de manera errónea, un plazo de tres semanas: suponían que el suelo era

uniformemente arcilloso en toda la región, lo que no era cierto, como lo sabían perfectamente los ganaderos. Asimismo, los expertos mostraron unas pruebas impecables sobre el papel, pero irrealizables en la práctica, teniendo en cuenta su desconocimiento del comportamiento de las ovejas. Expertos y ganaderos tampoco tenían el mismo punto de vista sobre la manera de actuar sobre el medioambiente:

“El corazón del conflicto entre epistemología profana y conocimiento experto se situaba en torno a una distancia entre una cultura científica de la previsión y del control considerado como evidente y una visión propia a los ganaderos según el cual era ilusorio esperar un control total sobre el espectro completo de los factores medioambientales y sociales a tener en cuenta en la gestión de una ganadería. (...) Los ganaderos preferían, en consecuencia, las nociones de adaptabilidad y de flexibilidad, dos actitudes que se encontraban en el centro de su identidad cultural y de su sentido práctico” (Wynne, 1999: 228).

2.1. Una cultura del riesgo más cualitativa y compleja

Otros autores subrayan la mayor complejidad de la cultura del riesgo profano. El punto de vista experto tendería a reducir un riesgo al producto de dos medidas (su probabilidad de ocurrencia, por una parte, y la gravedad de sus consecuencias, por otra parte), mientras que el ciudadano tendría un enfoque del riesgo menos estrictamente cuantitativo, menos reductora. Slovic (2000) propone “un paradigma psicométrico”, que consiste en la lista de los principales aspectos que toma en consideración el ciudadano para evaluar el riesgo y valorar si es aceptable o no: ¿El riesgo es individualmente controlable? ¿El riesgo es justo o injusto? ¿Se trata de una amenaza conocida o misteriosa? ¿Sus consecuencias son inmediatas o diferidas a largo plazo? ¿Tiene un fuerte “potencial catastrófico”? ¿Se puede confiar en las autoridades y en las evaluaciones de sus expertos?

Por ejemplo, a propósito de los riesgos alimenticios, la confianza de los consumidores es más precaria cuando la distancia que los separa de los productores no ha dejado de crecer, y que las realidades contemporáneas de la industria agroalimenticia están alejadas de los estereotipos de la

lechera y del labrador. “De la alimentación rural, producida, preparada y consumida en un círculo familiar, se ha pasado a una alimentación urbana, producida por unos operadores dispersos a través el mundo y preparada industrialmente. (...) Voluntario, conocido, justo y con consecuencias inmediatas y limitadas en la alimentación tradicional, el riesgo alimenticio se ha convertido en desconocido, padecido, injusto, fuente de amenazas diferidas (riesgos vinculados a los pesticidas, a los metales pesados, etc.) y susceptible de afectar a un gran número de personas” (Chevassus-au-Louis, 2000: 69-70).

El paradigma psicométrico pone también el énfasis en la importancia del carácter más o menos familiar de un riesgo: el público acepta mucho más fácilmente estar expuesto a un riesgo si este es conocido, especialmente si desemboca de la actividad de personas o de empresas que forman parte del paisaje desde hace mucho tiempo. Si una instalación arriesgada es explotada por unos miembros de la comunidad local, que tienen desde hace tiempo buenas relaciones con los vecinos de la instalación en cuestión, el riesgo será percibido como familiar. Al contrario, tratándose de las antenas relevo de telefonía móvil, Olivier Borraz (2008) subraya que han suscitado unas protestas cuando estaban instaladas por unas subcontratas desconocidas de los vecinos, incapaces de contestar a sus preguntas, al beneficio de operadores a menudo difíciles de identificar, sobre todo en unas zonas periurbanas donde los vecinos acababan de instalarse. En ese caso, la pérdida de familiaridad en el origen de la percepción del riesgo resulta más de la naturaleza de los actores presentes que de la propia actividad.

En el paradigma psicométrico de Slovic, la confianza juega un papel central, en la medida en que condiciona en parte los demás aspectos. Tomemos el ejemplo de la “vaca loca”. El prion reúne algunos elementos citados por Slovic: es una proteína misteriosa, de la que sabemos bien poco, excepto el hecho que actúa muy lentamente sobre el organismo y puede encontrarse en un producto de consumo extremadamente corriente: la carne vacuna. Se trata, por lo tanto, de un riesgo misterioso, con efectos diferidos y con un fuerte potencial catastrófico. Además, el público puede

legítimamente dudar de los expertos y de las autoridades: los primeros han pretendido durante un largo periodo que reciclar ovejas enfermas en harinas animales para bovinos no conllevaba ningún riesgo, y las segundas han tardado en tomar medidas o fracasado a la hora de hacerlas respetar. No obstante, el prion, una vez entrado en el organismo, no puede ser controlado. Por lo cual, el control individual sobre este riesgo es posible únicamente con antelación, por la elección de los productos consumidos. Si el individuo confía en las autoridades, que ofrecen una lista de los productos peligrosos, o en su carnicero, que pretende venderle una carne segura, tendrá la sensación de sustraerse al riesgo. Por el contrario, si no confía ni en su carnicero ni en la lista oficial, no solamente dejará de comer carne bovina, sino que además sospechará todos los productos derivados del sector (incluyendo numerosos productos alimenticios, entre los cuales se encuentran el chocolate y el turrón, así como el champú, el lápiz labial, el medicamento, etc.), lo que aumenta considerablemente su potencial catastrófico.

Cuando el consumidor concede menos crédito a las autoridades y a los expertos oficiales, tendrá una menor sensación de poder controlar el "riesgo prion" y tendrá una mayor impresión de padecer injustamente las consecuencias de sus errores o de sus mentiras. La crisis de la vaca loca es reveladora de una crisis de confianza general hacia la industria agroalimentaria, de la ciencia y de los políticos. Se inscribe en la continuidad de otras crisis sanitarias como el escándalo de la sangre contaminada (dado que Francia ha tardado durante los años 1980 en poner en marcha la detección del virus del SIDA para las donaciones de sangre, provocando numerosas contaminaciones entre los beneficiarios de una transfusión), con el cual los medios de comunicación lo han comparado (Champagne, 1999).

Además, si las reacciones de los consumidores han podido parecer desmesuradas en comparación con la "realidad" del riesgo tal como lo denominan los epidemiólogos, sería erróneo concluir a un siempre movimiento de pánico infundado. En primer lugar, más allá de las raras

víctimas “reales” del prion, hay que tener en cuenta las numerosas víctimas “potenciales” y “asociadas” que justifican a partir de 1996 la inquietud de los consumidores (Peretti-Watel, 2001): víctimas futuras para las cuales la enfermedad no se ha declarado todavía, víctimas pasadas de la forma clásica de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob así como el escándalo de las hormonas de crecimiento. En segundo lugar, la crisis afecta al valor simbólico de la carne vacuna: es un “alimento musculoso”, que fortifica el que la come, lo que no coincide con las imágenes de unas vacas temblorosas que no consiguen mantenerse en pie. En tercer lugar, la crisis solo ha acelerado una tendencia a largo plazo, puesto que el consumo de vacuno baja desde el inicio de los años 1980, al beneficio de otros productos de sustitución.

Otro caso paradigmático es el de la pandemia gripal H1N1. ¿Cómo explicar que los franceses han sido tan poco numerosos en aceptar vacunarse contra la gripe H1N1 al final del año 2009, poniendo así en dificultad los decisores políticos que habían pedido más de 90 millones de vacunas a la industria farmacéutica? ¿Mientras que en el pasado los expertos han estigmatizado a menudo los temores irracionales de la población, por qué esta vez los ciudadanos han adherido a una inquietud presentada como legítima por las autoridades sanitarias? Varias razones han contribuido a este fenómeno.

En primer lugar, el temor de los efectos secundarios de la vacunación. Numerosos medios de comunicación han citado el posible riesgo, a pesar de ser mínimo, de tener una enfermedad rara y a veces mortal como consecuencia de la vacunación: el síndrome de Guillain-Barré. A suponer que este riesgo sea real, es eminentemente menos probable que la propia gripe. Por lo tanto, no debía representar un riesgo para la vacunación. No en vano, la aritmética de los expertos infravalora la complejidad de la percepción ciudadana del riesgo. Como lo subraya el paradigma psicométrico, los ciudadanos no reducen el riesgo al producto de una probabilidad y de un daño, sino que toman en consideración la familiaridad de ese riesgo, las incertidumbres que lo rodean, o su carácter voluntario o

involuntario, justo o injusto. Desde ese punto de vista, un síndrome poco conocido y potencialmente grave preocupa más que una infección de temporada. Y contraer una enfermedad tras un acto médico (una vacunación) es menos aceptable que contraer un virus durante la vida diaria. Asimismo, nos acordamos a menudo de la vacunación durante la adolescencia contra la hepatitis B, que pretendía reducir de manera significativa la incidencia del cáncer de hígado, estaba asociado a un riesgo muy débil pero muy preocupante para los ciudadanos de desarrollar unos trastornos neurológicos. Incluso si para los expertos la relación beneficio/riesgo era muy favorable, “la imagen de un preadolescente víctima de esclerosis es mucho más difícil de soportar que la de un adulto víctima de un cáncer de hígado (a una edad en la cual el número de individuos que fallecen de un cáncer ya no constituye un tema de movilización o de indignación” (Borraz, 2008:215).

En segundo lugar, la relativa desconfianza de la población hacia la autoridad política, que incluye el ámbito sanitario. Como lo indican los datos del IRSN, de manera general el público concede finalmente poco crédito a las autoridades que se encargan de la gestión del riesgo, que se trata de las informaciones difundidas o de las acciones llevadas a cabo. Esta desconfianza puede tomar diferentes formas. La más extrema es la denuncia de una colusión entre autoridades sanitarias, expertos e industriales farmacéuticos. Pero, la multiplicación de las recomendaciones durante estos últimos años (no fumar, no beber alcohol, comer mejor, hacer ejercicio, usar el preservativo, lavarse las manos, etc.) puede generar cierto cansancio y relativizar los riesgos percibidos. Así, en un sondeo del instituto nacional de prevención de la educación para la salud (INPES), realizado en 2008, el 38% de los franceses declaran que las campañas de prevención les dejan indiferentes y el 33% consideran que son demasiado numerosas (Peretti-Watel et al, 2009).

El tercer lugar, en una situación de fuerte incertidumbre, frente a un nuevo riesgo, el público necesita poder conceder su confianza en una relación de cara-a-cara, en el marco de una relación interpersonal duradera.

Así, en el momento de la crisis de la vaca loca, muchas personas se han dirigido hacia su carnicería, lo que les daba la oportunidad de intercambiar con un experto en carne y hueso, capaz de explicarles de donde venía la carne vacuna vendida. Asimismo, frente a la "pandemia gripal", numerosos ciudadanos se han dirigido a su médico de cabecera. No obstante, en el otoño de 2009, la mayoría de los profesionales de salud era hostil a la vacunación contra la gripe H1N1. Por no haber sabido convencer previamente estos intermediarios ineludibles, las autoridades sanitarias no podían esperar conseguir la adhesión de la población general.

Añadamos a todo ello las reticencias suscitadas por la recomendación, por la perspectiva de tener que esperar durante varias horas de pie en un gimnasio en pleno invierno o por la presencia de aceite de hígado de tiburón en la vacuna: las razones de no vacunarse eran numerosas.

2.2. La diversidad de la percepción ciudadana

El marco de análisis propuesto por Slovic invita naturalmente a subrayar la diversidad de las percepciones ciudadanas del riesgo. En efecto, la confianza concedida a las autoridades y a los expertos no es uniforme, ya que depende en particular de las preferencias políticas hacia el poder y del nivel escolar. Asimismo, según los recursos materiales y culturales, en función de su vulnerabilidad sentida, los individuos tendrán más o menos la sensación de poder controlar un riesgo, que se trate de un riesgo de agresión o de robo (Roché, 1993), o del riesgo de estar contaminado por el SIDA (Han et al, 1994; Calvez, 1997). Por último, Mary Douglas y Aaron Wildavsky (1982) subrayan que la distinción planteada entre riesgo padecido y riesgo voluntario es en gran medida construida por los actores sociales: el hecho de considerar que se padece un riesgo alude menos a una simple constatación de una "situación objetiva" que a una reivindicación política, a la denuncia de una desigualdad entre los que padecen un riesgo y los que tienen la capacidad de sustraerse a ese riesgo.

Los datos del Barómetro salud de 2005, encuesta francesa realizada por teléfono por la INPES a una muestra representativa de la población

metropolitana, permiten ilustrar esta diversidad de las percepciones ciudadanas (INPES, 2008). Sea cual sea el riesgo considerado, los temores declarados por los 12-75 años a su respecto disminuyen cuando el nivel de renta aumenta: el carácter sistemático de esta relación para unos riesgos tan diversos sugiere que su interpretación no debe ser buscada en la "realidad" del riesgo sino en la vulnerabilidad vivida de los encuestados. Esta diversidad no es el indicio de una irracionalidad o de una "falta de cultura adulta del riesgo". Además de la vulnerabilidad vivida que varía de un encuestado a otro, traduce sin duda el interés de razonar en términos de representación en lugar de hacerlo en términos de percepción del riesgo (Peretti-Watel, 2000).

Riesgo e incertidumbre

Cada persona afronta diariamente unas situaciones cuyo desenlace no está determinado de antemano: en la terminología de los economistas, no se trata de riesgos sino de incertidumbres, en la medida en que, en general, no conocemos la probabilidad de ocurrencia de cada desenlace posible. Esta vida cotidiana está alejada de las experiencias en laboratorio que someten unos "conejillos de indias" a unas elecciones. ¿Cómo contemplar la "cultura del riesgo" de los ciudadanos tales como la implementan a diario?

Una racionalidad probabilista informal e implícita

Para Mary Douglas (1992), la sustitución contemporánea del riesgo es reveladora de una nueva cultura individualista, que se fundamenta en unos modos de evaluación abstractos y universales (cuantificación monetaria de los daños, cuantificación probabilista de la incertidumbre) que facilitan la globalización de la sociedad industrial. Pero Douglas observa que, para sobrevivir, los individuos han aprendido desde hace mucho tiempo a adaptarse a las incertidumbres de un entorno caprichoso:

"Cualquier tribu de cazadores y pescadores, los ganaderos y los marineros tienen una comprensión intuitiva de las probabilidades, que les sirve para valorar su material, predecir el tiempo, la marea, el comportamiento de los peces y de las ovejas. Saben perfectamente que

la precisión de sus instrumentos es variable, evitan sacar conclusiones de un pequeño número de observaciones, y, sin saber nada de las estadísticas, tienen sin embargo un buen conocimiento práctica de lo que es una independencia estadística” (Douglas, 1992:57).

Este pensamiento probabilista informal e intuitivo estaría demasiado sumergido en las prácticas en las cuales se concreta para aparecer durante las experiencias artificiales y abstractas realizadas en laboratorio por unos psicólogos y economistas. La racionalidad probabilista que cada individuo utiliza diariamente sin saberlo sería parecido a la “razón práctica” tal como la concibe Pierre Bourdieu (1980): se trata de una competencia ciega a ella misma, que no incluye el dominio de la lógica que se expresa en su seno. Dicho de otra forma, el pescador que sabe perfectamente valorar y gestionar las incertidumbres durante su actividad profesional sería incapaz de movilizar esta habilidad para abstraer un criterio de decisión que le permita elegir si es preferible apostar que la bola que saldrá de la urna será roja o negra.

En otro registro, los riesgos tecnológicos que caracterizan las sociedades actuales aproximan singularmente el experto y el ciudadano ordinario. En efecto, frente a las catástrofes rarísimas (el accidente nuclear o químico, tipo Tchernobyl o Seveso, o, a un nivel menor, el accidente de un avión o el descarrilamiento de un tren) o a unos riesgos más difusos (contaminación atmosférica, contaminación del agua, proliferación de sustancias cancerígenas o de micro-organismos patógenos en la cadena alimentaria), ya no es posible valorar unas probabilidades de ocurrencia. En cuanto a las consecuencias posibles de estas amenazas, son muy difícilmente cuantificables, bien porque deben ser medidas a escala planetaria, bien porque son irreversibles, bien porque son diferidas o solamente perceptibles a largo plazo. Así, frente a los riesgos tecnológicos contemporáneos, el experto se ve condenado a hacer conjeturas más o menos informales e intuitivas, puesto que no puede evaluar un peligro simplemente valorando su probabilidad de ocurrencia y la gravedad de sus consecuencias.

Conclusión

Como Ulrich Beck (1992 y 1999), Anthony Giddens (1991 y 1994) caracteriza las sociedades actuales por la aparición de nuevos riesgos, unos "riesgos globales", irreversibles, no-asegurables, imprevisibles y sobre todo producidos por la actividad humana. Giddens se interesa también por las actitudes de los individuos y por la "cultura del riesgo", que define como "un aspecto cultural fundamental de la modernidad, por el cual la conciencia del riesgo incurrido se convierte en una manera de colonizar el futuro" (Giddens, 1991:244).

Para Giddens, nuestras sociedades son cada vez más reflexivas. Sin dar una definición completa de esta noción, digamos simplemente que alude a una mirada crítica, a un cuestionamiento cada vez más sistemático, en todos los ámbitos y en todos los niveles. Por ejemplo, los riesgos tecnológicos contemporáneos nutren el carácter reflexivo de nuestras sociedades, en la medida en que nos conducen a cuestionar nuestra manera de ver el mundo, nuestra concepción del progreso material y técnico. La mirada crítica sobre la ciencia que tienen las filosofías relativistas participa igualmente de esta reflexividad.

A nivel individual, esta reflexividad es alimentada por el proceso de individualización, que se traduce por una emancipación creciente con respecto a unas instituciones y tradiciones: estas no nos dictan unas vez por todas nuestras aspiraciones, nuestros objetivos, de manera que tenemos que realizar cada vez más elecciones, con el fin de construir nuestra propia biografía, aprovechando cada ocasión que se presenta para reconsiderar la trayectoria que deseamos imprimirle, y eventualmente modificarlo, sobre todo cambiando de empleo y de conyugue.

Esta libertad incrementa la incertidumbre de nuestra existencia, porque debemos tener en cuenta las consecuencias futuras de nuestros actos, basándonos en unos conocimientos a menudo parciales e incluso contradictorias. Por ejemplo, si anteriormente era "normal" casarse una vez para siempre, a veces con una persona que no se había elegido, la situación ha cambiado por completo hoy en día: casarse se ha convertido en una

verdadera elección individual, que implica que cada uno ajuste su trayectoria tal como lo hacía trazado. En el momento de comprometerse, los prometidos saben que una fuerte proporción de los matrimonios desembocan en un divorcio. Es un riesgo del que son conscientes, pero que ofrece también una oportunidad de rehacer su vida. Para hacer frente a las incertidumbres de la vida conyugal, podrán movilizar un gran número de expertos, no necesariamente muy fiables, que se renuevan rápidamente. Como la vaca loca o los organismos genéticamente modificados (OGM), el matrimonio se convierte en un riesgo a partir del momento en que lo consideramos como un acontecimiento cuyas consecuencias futuras son susceptibles de interferir en nuestro futuro tal como lo hemos proyectado, lo que necesita que tomemos una o varias decisiones, fiándonos en unos saberes expertos de los que sabemos que son incompletos, frágiles y provisionales.

La cultura del riesgo estudiado por Giddens consagra en cierta medida el éxito del *homo oeconomicus* que se ha convertido en la nueva norma a la cual cada uno debe conformarse. Conviene precisar, sin embargo, que esta nueva norma se enfrenta a ciertas resistencias y debe componer con las normas anteriores (Peretti-Watel, 2005): la adhesión a la cultura del riesgo puede así ir de la mano de unas formas de superstición. Además, impregna de manera muy desigual los diferentes segmentos de la sociedad. La voluntad de domar los riesgos proyectándose en el futuro depende de los niveles de renta y de título, así como de la situación socio-profesional.

Esta cultura del riesgo ciudadana se distingue sensiblemente de la cultura aseguradora. Escenifica un decisor que moviliza los conocimientos disponibles para "colonizar el futuro", pero conviene observar que se trata de un decisor que es a la vez más y menos que un actuario, que navega a vista en un universo no tanto arriesgado como incierto. Si cada uno de nosotros no se comporta exactamente como un actuario, no conviene concluir a la irracionalidad de las percepciones ciudadanas, más aún sabiendo que los nuevos riesgos contemporáneos escapan a menudo a las

técnicas actuariales. Importa en particular matizar los análisis que estigmatizan los "temores pánicos" y la "inmadurez del público".

Este punto sugiere realizar un paralelo con una analogía etnológica propuesta por Erving Goffman. Observa que los hombres y los animales oscilan entre dos estados de actividad: la vigilancia y la alarma, pasando del primero al segundo cuando una señal atrae la atención sobre un peligro que hace irrupción en su entorno inmediato. Ciertos individuos son más sensibles que otros a estas señales y más rápidos en reaccionar:

"Al considerar la tendencia de los individuos a ser tranquilos o desconfiados, es fácil ver que algunos se parecen a la cierva, siempre dispuesta a asustarse, mientras que otros se parecen a la vaca, lente en movilizarse, o al león, despreocupado ante los predadores y sobre todo prudente cuando está al acecho de una presa" (Goffman, 1973: 231).

Para prolongar este análisis, añadamos que los avances de las técnicas de recogida, de análisis y de difusión de la información desmultiplican nuestra aptitud a percibir las amenazas cercanas, mientras que nuestra capacidad a dominarlos crece mucho menos rápidamente. Este desfase genera cuanto menos ansiedad: el individuo moderno posee las aptitudes perceptivas de una cierva, pero la reactividad de una vaca.

Bibliografía

ALLAIS, M., (1953), "Le comportement de l'homme rationnel devant le risque: critique des postulats et axiomes de l'école américaine", *Econometrica*, vol.21, nº4.

BECK, U., (1992), *Risk Society, Towards a New Modernity*. Londres, Sage Publications.

(1999), *World Risk Society*. Cambridge, Polity Press.

BOLL, M., (1942), *L'exploitation du hasard*. París, PUF.

BOREL, E., (1943), *Les probabilités et la vie*. París, PUF.

BORRAZ, O., (2008), *Les politiques du risque*. París, Presses de Sciences Po.

- BOUDON, R., (1989), "La théorie de l'action sociale de Parsons: la conserver, mais la dépasser" *Sociologie et Sociétés*, vol.XXI, n°1.
- BOUDON, R., (1999), *Le sens des valeurs*. Paris, PUF.
- BOURDIEU, P., (1980), *Le sens pratique*. Paris, Minuit.
- BRONNER, G., (1996), "Quelques bonnes raisons de mal anticiper le futur", *L'Année sociologique*, vol.46, n°2.
- BROWN, P., (1997), "Popular epidemiology revisited", *Current Sociology*, vol.45, n°3.
- CALVEZ, M., (1997), "Les connaissances et les attitudes relatives au sida", in LAGRANGE, H. y LHOMOND, B., *L'entrée dans la sexualité, le comportement des jeunes dans le contexte du sida*. Paris, La Découverte.
- CHAMPAGNE, P., (1999), "Les médias et les risques", Actes de la treizième séance du séminaire du CNRS du programme Risques collectifs et situations de crises.
- CHATEAUREYNAUD, F. y TORNAY, D., (1999), *Les Sombres Précurseurs. Une sociologie pragmatique de l'alerte et du risque*. Paris, Editions de l'EHESS.
- CHEVASSUS -AU-LOUIS, B., (2000), "Retour de l'irrationnel ou conflit de rationalités" *Projet*, n°261.
- DOUGLAS, M., (1992), *Risk and Blame. Essays in Cultural Theory*. Londres, Routledge.
- DOUGLAS, M. y WILDAVSKY, A., (1982), *Risk and Culture. An Essay on the Selection of Technological and Environmental Dangers*. Berkeley, University of California Press.
- DUBY, J-J., (1998), "L'acceptabilité du risqué au seuil du XXIème siècle: de nouveaux modes de régulation s'imposent", *Passages*, n°93-94.

GIDDENS, A., (1991), *Modernity and Self-Identity*. Stanford, Stanford University Press.

(1994), *Les conséquences de la modernité*. Paris, L'Harmattan.

GIRARD, J-F., (1998), "Risque et santé publique", in TUBIANA, M., VROUSOS, C., CARDE, C. y PAGES, J-P., *Risque et société, actes du colloque, Cité des sciences et de l'industrie de Paris-La Villette*. Gif-sur-Yvette, Nucléon.

GOFFMAN, E., (1973), *La mise en scène de la vie quotidienne*. Paris, Minuit.

HAN, A., EIRMBTER, W.H. y JACOB, R., (1994), "Le sida: savoir ordinaire et insécurité", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n°104.

INPES (2008), *Baromètre santé 2005. Attitudes et comportements de santé*. Saint-Denis, INPES.

KAHNEMAN, D. y TVERSKY, A., (1975), "Judgement under uncertainty: heuristics and biases", in WENDT, D. y VLEK, C., *Utility, Probability and Human decision Making*. Dordrecht-Boston, Reidel Publishing Company.

KAHNEMAN, D. y TVERSKY, A., (1979), "Prospect theory: an analysis of decision under risk", *Econometrica*, vol.47, n°2.

KARPERSON, R., (1998), "The social attenuation and amplification of risk", in TUBIANA, M., VROUSOS, C., CARDE, C. y PAGES, J-P., *Risque et société, actes du colloque, Cité des sciences et de l'industrie de Paris-La Villette*. Gif-sur-Yvette, Nucléon.

KARPERSON, R. et al., (1998), "The social amplification of risk: a conceptual framework", *Risk Analysis*, vol.8, n°2.

LAGADEC, P., (1981), *La civilisation du risque, catastrophes technologiques et responsabilité sociale*. Paris, Seuil.

PERCHERON, A. y PERRINEAU, P., (1990), "Attitudes des Français à l'égard des problèmes de sécurité" *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, n°1.

- PARETTI-WATEL, P., (2000), *Sociologie du risque*. París, Armand Colin.
- (2001), "La crise de la vache folle: une épidémie fantôme", *Sciences sociales et Santé*, vol.19, n°1.
- (2005), "La culture du risque, ses marqueurs sociaux et ses paradoxes: une exploration empirique", *Revue économique*, vol.56, n°2.
- PERETTI-WATEL, P. y MOATTI, J-P., (2009), *Le principe de prevention*. París, Seuil.
- ROCHE, S., (1993), *Le sentiment d'insécurité*. París, PUF.
- SLOVIC, P., (2000), *The Perception of Risk*. Londres, Earthscan Publications.
- THEYS, J., (1991), "Postface", in DOURLENS, C., GALLAND, J-P., THEYS, J. Y VIDAL-NAQUET, P., *Conquête de la sécurité, gestion des risqué*. París, L'Harmattan.
- TUBIANA, M., (1998), "Le risque et la santé", in TUBIANA, M., VROUSOS, C., CARDE, C. y PAGES, J-P., *Risque et société, actes du colloque, Cité des sciences et de l'industrie de París-La Villette*. Gif-sur-Yvette, Nucléon.
- WILLINGER, M., (1990), "La rénovation des fondements de l'utilité et du risque", *Revue économique*, vol.41, n°1.
- WYNNE, B., (1999), "Une approche réflexive du partage entre savoir expert et savoir profane", *Les Cahiers de la sécurité intérieure*, n°38.